

LA MARGINACIÓN DE LA JUVENTUD

por el Académico de Número

EXCMO. SR. D. SALUSTIANO DEL CAMPO*

La edad de los seres humanos es una variable básica en la estructura social, pero se encuentra siempre y en todas partes mediatizada por la construcción social que de ella se hace. Lo natural es la secuencia de nacimiento, desarrollo, decadencia y muerte, pero según ella se organiza en cada sociedad el cumplimiento de unas funciones y se articulan los modelos de comportamiento que corresponden a las etapas que en ella se distinguen. Lo que esto quiere decir es, sencillamente, que no todas las categorías de edad de las actuales sociedades avanzadas coinciden con las que se han dado o se dan en otras con características diferentes.

Con la niñez y con la adolescencia sucede precisamente eso. En las sociedades tradicionales todas las demás edades son antesala de la única que de verdad cuenta, que es la adulta. Esta es la del guerrero, cazador o jefe y el paso a ella se señala comúnmente por algún rito de tránsito. La vejez, que es importante para ciertos cometidos como el consejo, es en ellas demasiado escasa, porque, dadas las altas tasas de mortalidad que en tales sociedades prevalecen, nunca comprende más de un dos o tres por ciento de los individuos del grupo.

El concepto formal de adolescencia, que es hoy evidente, era borroso, por no decir inexistente, hace poco más de un siglo. Aunque Rousseau utilizó el término, el primer libro que llevó ese sustantivo como título se publicó en 1904 y lo dirigió G. Stanley Hall, un psicólogo que en 1881 fue nombrado profesor de la Universidad John Hopkins y, en 1887, Presidente de Clark University. Él resumió lo que en su época era un amasijo de ideas poco sistematizadas añadiéndoles su visión propia en

* Sesión del día 16 de marzo de 1993.

un importante trabajo publicado en 1882 en la *Princeton Review*, con el título de «La formación moral y religiosa de los niños». En él se habla de la tensión y de la tormenta emocional que acompañan a los años de la pubertad, así como de la crisis que éstos conllevan y se interpreta el desarrollo de la personalidad como un fenómeno evolutivo en el que cada etapa recapitula de algún modo a las anteriores.

Sus colaboradores y discípulos apreciaron mucho la ligazón establecida por él entre los cambios personales y los sociales y, aunque su obra se vio sometida a la implacable crítica de científicos tan importantes como Judd o Thorndike y perdió vigencia a partir de 1925, hoy tendemos a ver algunas cosas tal y como él lo hizo y sobre todo consideramos que acertó a reflejar la decisiva transformación de Estados Unidos en una sociedad industrializada y urbana, al igual que la progresiva discontinuidad de los grupos de edad, hasta el extremo de intercalar entre la niñez y la edad adulta el período de la juventud, a la que muy posteriormente se la dotó de un contenido propio, que es en lo que consiste la que en expresión del psicólogo K. Keniston hoy se conoce como «cultura juvenil».

LA JUVENTUD EN EL SIGLO XX

Si miramos hacia atrás, la historia de Europa y de las demás sociedades avanzadas nos confirma con toda claridad la relación que en todas partes se da entre la juventud y el cambio social. De entrada, y sin detenerme demasiado en ello, creo interesante recordar el uso que, de la juventud formalmente autogestionada, hicieron el comunismo y los fascismos después de la Primera Guerra Mundial. Al decaer en los años treinta las organizaciones juveniles promovidas por adultos (confesionales, movimiento de los *boy scouts* y otros), la juventud se movilizó, afiliándose a partidos totalitarios y violentos y los dirigentes políticos ensalzaron sus cualidades hasta relegar a un plano secundario el valor de la propia edad adulta y no digamos el de la vejez. Eventualmente, el paroxismo al que llevó este proceso culminó en la Segunda Guerra Mundial con el sacrificio de millones de jóvenes en los campos de batalla y con los holocaustos y horrores que avergonzarán siempre a la Humanidad.

Después de 1945, la recuperación material en los países beligerantes se produjo mucho antes y mejor de lo que los más optimistas esperaban. Por otra parte, la victoria de las democracias permitía esperar que su sistema político acabaría extendiéndose también al mundo subdesarrollado, sobre todo una vez que el proceso descolonizador dio a luz a un centenar de nuevos países decididos a obtener un lugar propio en el orden internacional. El gran punto negro consistía en aquel momento en la rivalidad con el marxismo, que dominaba medio mundo y con el que pronto se estableció una relación difícil, pero estable, a la que seguramente por falta de otro nombre mejor dimos el de guerra fría. Pero la prosperidad, la democracia y la paz retrajeron a los jóvenes del primer plano de la escena mundial y así la juventud de los años cincuenta pudo ser descrita por el sociólogo alemán Schelsky como la

«juventud escéptica». Se registró en esa época un vacío de grandes ideales y los jóvenes se concentraron en sus vidas privadas desentendiéndose de los asuntos de interés público. Las principales figuras políticas de esa etapa fueron todos dirigentes de avanzada edad: Eisenhower, Nehru, Stalin, Attlee, los gobernantes de la IV República Francesa, Mao, Pío XII.

En la década de los sesenta el panorama cambió de un modo radical. El episodio de los Kennedy simboliza bien la promesa y la consiguiente frustración que culminaría en mayo de 1968 en una rebelión inequívocamente utópica contra el espeso orden tecnoburocrático de las sociedades avanzadas. A la juventud escéptica sucedió otra rebelde, que quiso enfrentarse con las manos desnudas a una poderosa maquinaria casi invencible. Ni la imaginación llegó a poder, ni pedir lo imposible evitó la consolidación de los sistemas políticos establecidos, por lo menos allí donde funcionaban sistemas de gobierno legitimados democráticamente. En España la situación era diferente y un sector de la juventud, la universitaria, encontró en la oposición al franquismo incentivo y extensión para sus impulsos de rebeldía.

A la altura de los años ochenta, sin embargo, en todas las sociedades avanzadas hemos encontrado el mismo fenómeno de una juventud marginada, conformista y poco participativa; que pasa, dicho sea con brevedad. ¿Por qué? Desde luego, no sólo por el desencanto de lo poco conseguido mediante la fracasada revolución de la generación anterior. A mi parecer, más bien a causa de un conjunto de evoluciones que han terminado, al menos por el momento, con su alta consideración social y con su papel en cierto modo central y de modelo.

LOS JÓVENES Y LA INTEGRACIÓN SOCIAL

Con el fin de evitar confusiones, y antes de continuar mi exposición, deseo hacer algunas precisiones, que juzgo indispensables para comprender mejor lo que viene después. La primera es que de lo que hablo es de la juventud de los países desarrollados y, sobre todo, de la española, dado que la del Tercer Mundo está actualmente sometida a condicionantes muy distintos de los que voy a considerar. Ni la riqueza ni la pobreza de uno y otro ámbito tienen mucho que ver entre sí y lo mismo es cierto en cuanto concierne a otros ámbitos de sus estructuras sociales, económicas, políticas y culturales.

Además, conviene despejar pronto algunos errores que con frecuencia se deslizan inadvertidos. Frente a lo que suele creerse, el número absoluto de jóvenes en esa sociedad en trance de envejecer que es hoy España supera ampliamente al de 1940. En 1991 había en España 2.841.198 jóvenes de quince a veintinueve años más que en 1940, si bien representaban ya solamente el 24,7 por 100 de la población total, mientras que cincuenta y un años antes abarcaban el 26,2 por 100. La población española envejece, pero ahora los jóvenes forman un bloque más numeroso que

medio siglo atrás y ambas cosas son compatibles por el lento paso y la compleja dinámica interna de los procesos demográficos.

Lo más significativo es, sin embargo, que su manera de inserción en el mundo de los adultos se ha complicado mucho. Cualesquiera que sean sus restantes características en los diferentes sistemas sociales, el transcurso de la edad supone siempre una marcha progresiva hacia la realización personal como miembro adulto de una comunidad. En la sociedad europea anterior a la industrialización el nacimiento en el seno de una familia determinaba el puesto que el individuo iba a ocupar definitivamente dentro de la estructura social, dado lo limitado de los canales de movilidad existentes. El ascenso era difícil y uno de los más practicables era la Iglesia, como hizo notar hace tiempo Sorokin. La familia, la religión y el status social estaban sólidamente cohesionados, porque de la primera dependían además las oportunidades económicas y la elección de cónyuge, que no era libre.

Con el advenimiento de la etapa industrial la población se urbanizó y, por tanto, se independizó del patriarcado rural propio de la familia extensa, la división sexual del trabajo dentro de la familia se especializó, el ganador del pan pasó a depender de un salario y la selección de cónyuge se liberó de la intervención de otras instancias. En tal situación, la entrada con plenitud de derechos en el mundo de los adultos suponía el avance vital en tres frentes: el final del proceso educativo, el establecimiento de la propia familia de procreación y la incorporación a un trabajo.

Terminar los estudios, casarse y empezar a trabajar se han considerado con carácter general los tres requisitos más o menos formales para la integración de los jóvenes en la vida adulta en las sociedades industriales y exigen una preparación en consonancia con la situación de la sociedad a la que se pertenece. El contenido y la duración de los estudios y de la formación profesional han variado desde la introducción de la obligatoriedad de la enseñanza, como lo han hecho el cortejo en cuanto vía hacia el matrimonio y la dificultades, estabilidad y otras características del mercado laboral.

A su vez, el tiempo acotado como juventud se ha alargado desde la pubertad hasta por lo menos los veintinueve años y su cultura se ha concretado para los diferentes ciclos históricos. En su interesante libro de 1972, *La juventud española. Conciencia generacional y política*, el Profesor José Ramón Torregrosa utilizó cuatro categorías como elementos analíticos para establecer el perfil de este grupo social: dependencia (autonomía); subordinación (tendencia igualitaria); transitoriedad (permanencia) e idealismo como demora en las gratificaciones (realismo).

Obviamente no son los problemas de los jóvenes de los años sesenta y setenta los que deseo comentar ahora, sino los de la década de los ochenta y los de la que ya está empezada, pero tampoco hay que olvidar ni su influencia, ni el grado de continuidad existente. De aquí que convenga hacer dos observaciones previas: una es la de que actualmente existe una gran semejanza entre las sociedad española y el resto de las desarrolladas también en este particular y otra que consiste en recordar

que mientras en las demás sociedades democráticas a este estado de cosas se ha llegado a través de una evolución sin rupturas, entre nosotros se hizo necesario un período de transición a la democracia para asumir políticamente los acelerados cambios socioeconómicos de los años sesenta y primeros setenta.

A la altura de 1993 en que nos encontramos, el diagnóstico que se impone es el de que entre nosotros la retórica sobre la juventud sigue siendo la misma de antes o muy parecida, pero su realidad es sustancialmente distinta. En una sociedad de servicios, con una estratificación en la que predominan las capas medias, gobernada democráticamente y exenta de la amenaza próxima de una confrontación bélica mundial, la situación de la juventud se ha modificado profundísimamente. Las repercusiones en ella de buena parte de las alteraciones experimentadas por la educación, la familia y el trabajo han sido enormes y el resultado neto ha sido la marginación del grupo social joven, que algunos llaman exclusión, y un horizonte confuso para sus aspiraciones y su itinerario hacia la integración en el mundo de los adultos.

FAMILIA, EDUCACIÓN Y TRABAJO

Buena prueba de ello es lo que sucede con el matrimonio y la familia. La familia nuclear o conyugal, que los conservadores del siglo pasado calificaron de revolucionaria por oponerse a la familia extensa, a la cual idealizaron excesivamente, no sólo es hoy considerada como la forma tradicional contra la cual se dirigen las diatribas, sino que su importancia se va reduciendo. Bastante tiene que ver con ello la actual disociación a voluntad de la actividad reproductora y la práctica del sexo, que se ha hecho posible por la introducción de nuevas técnicas anticonceptivas de fácil uso y notable eficacia. Gracias a ellas se ha podido generalizar la liberación sexual predicada en los años veinte y su efecto sobre la familia ha sido tan grande que una de las preocupaciones de los sociólogos es actualmente definir lo que es una familia. Y la cosa se complica más todavía con las nuevas técnicas reproductoras, como la fertilización *in vitro*, que permiten a las mujeres una autonomía casi total en el proceso de la procreación.

Exageradamente, pero no del todo sin razón, se habla ahora de la existencia de un menú de formas de familia, del cual puede elegirse la preferida: familia conyugal con o sin hijos, parejas en cohabitación, familias monoparentales, familias recompuestas y hogares unipersonales, entre ellas. El examen de su realidad, por ejemplo, está conduciendo a ver que la cohabitación es ya más un nuevo tipo de familia que una simple desviación de la familia¹.

Por otro lado, el divorcio ha asestado un golpe decisivo al carácter institucional

¹ Larry L. BUMPASS y James A. SWEET: «The role of cohabitation in declining rates of marriage», *Journal of Marriage and the Family*, 53, noviembre 1991, págs. 913-927.

del matrimonio, o a lo que quedaba de él. Hoy casi todos los modelos familiares vigentes conllevan la posibilidad de la disolución voluntaria y esto circunscribe su ámbito al de la contratación privada. No solamente se anteponen a cualquier otra consideración la voluntad de las partes y la búsqueda de la felicidad personal de los individuos que forman la familia, sino que resultan también afectados insospechadamente otros aspectos de la vida conyugal. Como han señalado acertadamente algunos sociólogos, la facilidad de obtener el divorcio repercute en la fecundidad de la pareja, al percatarse la mujer de que su hipotético porvenir de divorciada será aún más difícil si se carga de hijos.

El trabajo de la mujer fuera del hogar es seguramente el factor más importante en las transformaciones actuales de la familia, o por lo menos tanto como el que más. No solamente influye en la limitación de la natalidad, sino también en la división de las tareas dentro de la familia y en la complejidad de las relaciones individuales, tanto internas como externas. Una de sus consecuencias es que, aunque el movimiento feminista de la mayor parte de las sociedades avanzadas ha superado muchos de sus prejuicios antifamiliares, aún conserva algunos y hay lugares, como España, donde sigue anclado en un estanque de recelos y prejuicios atávicos antifamiliares.

El ciclo de la vida familiar en las sociedades desarrolladas revela muy bien la magnitud de los cambios. En contraste con la que ha sido nuestra experiencia, los que vienen detrás seguramente vivirán: varios años con sus madres y sus padres biológicos; solamente con sus madres una vez que éstas se divorcien; luego con sus madres y sus padrastros; solos durante algún tiempo después de haber cumplido los veinte años y emanciparse; unidos más tarde consensualmente con alguien del sexo opuesto, pero sin casarse; casados posteriormente con esa o con otra persona y de ella se divorciarán; vivirán entonces solos otra vez y se casarán en segundas y tal vez posteriores nupcias y acabaran quedándose solos cuando enviuden, se separen voluntariamente por última vez o estén a punto para acogerse en un hogar de la tercera edad².

La sorprendente secuencia relatada indica verazmente que las cosas nunca volverán a ser como fueron en el ámbito familiar, pero no que todo sea en él negativo. Lo que no ofrece dudas es que el joven actual ya no puede contemplar la del casamiento como una de las fechas clave de su incorporación al mundo adulto, según lo hacían sus padres. Menos todavía si la combina en cuanto a expectativas sociales con las otras dos de las que aún tengo que hablar.

El proceso educativo en las sociedades modernas se ha generalizado, se ha alargado y ha ido perdiendo su antigua y estrecha vinculación con el mundo del trabajo. En España, por añadidura, se ha degradado. En los países avanzados solamente quedan analfabetos residuales, la educación secundaria se ha extendido

² Andrew CHERLIN y Frank FURSTENBERG, jr.: *The Shape of the American Family in the Year 2000*, TAP 22, Washington D.C., 1982, pág. 6.

mucho y lo mismo sucede con la universitaria. Basten uno pocos datos para probar lo que digo: nuestros 748.000 estudiantes de más de quince años de 1964 se habían convertido en 1984 en 1.847.000, multiplicándose entre ambas fechas los varones por 1,96 y las mujeres por 3,31. En el grupo de edad de veinte a veinticuatro años los 141.000 estudiantes de 1964 se habían convertido en 1984 en más de 529.000, siendo el factor multiplicador 2,6 para los hombres y 6,3 para las mujeres. Como nadie ignora y se comenta solo, las llamadas reformas educativas españolas, desde 1970 hasta hoy, han conseguido que de 9.433.556 estudiantes matriculados en el curso 1991-92 en todas las enseñanzas, 1.653.930 lo estuvieran en BUP-COU y 1.182.717 en la Universidad, mientras que 871.269 lo estaban en FP.

Desde el advenimiento de la sociedad industrial y la urbanización que la acompañó, la necesidad de proporcionar una educación básica a la población redujo a casi nada el valor de la experiencia de los ancianos, pero las enseñanzas básicas que un día bastaban para que funcionara bien una sociedad cuyos sectores productivos fundamentales eran el primario y el secundario, no sirven ya para una sociedad postindustrial en la que más de la mitad de su población desempeña su actividad económica en los servicios.

Por otra parte, la clara sucesión de las etapas educativas se ha enturbiado definitivamente por la práctica imposibilidad de que lo que se aprende en las aulas sea ahora suficiente para la totalidad de la vida activa de los que las abandonan después de graduarse. Lo característico del futuro parece ser la vinculación formando una espiral de la actividad económica y de la educación, que sirve también para reciclar periódicamente la formación de los individuos. Éstos, a su vez, cambian de trabajo voluntaria o involuntariamente cinco o más veces durante sus carreras y, además, los avances tecnológicos les fuerzan a ellos a ponerse al día periódicamente y a las instituciones educativas a diseñar programas ajustados a sus necesidades.

Además, la extensión de la enseñanza a todos los niveles está creando otros graves problemas. La valoración de las ocupaciones y profesiones no es ahora tan indiscutible como antes, porque la duración de los estudios no es un indicador infalible ni de los ingresos futuros, ni del prestigio que se alcanzará, ni de la satisfacción moral que se derivará del propio trabajo. Y a esto pueden añadirse otros efectos perversos, que también tienen que ser tenidos en cuenta. Uno es la utilización de las instituciones educativas como espacios para aparcar a los jóvenes, a los cuales no se desea ver incluidos en las estadísticas de los parados, aunque de verdad lo sean.

Otra consecuencia, en la cual no se ha reparado tanto, es la realidad de que en nuestro país se está constituyendo un nefasto doble sistema universitario, que no es el manifiesto de la competencia entre universidades públicas y privadas. Se trata de que como un porcentaje muy elevado, el 25 por 100 o más, de los universitarios están siendo asignados mecánicamente a carreras que no desean estudiar, se va consolidando una buena Universidad en la cual los alumnos son los que deben ser y otra

mala en la que están los que no tienen ningún remedio mejor. A mi modesto parecer, la primera puede mejorar, pero la segunda sólo es capaz de una degradación ilimitada.

Y no querría abandonar este punto sin decir algo más. Es corriente ahora atribuir las culpas de la defectuosa formación de los alumnos que llegan en tropel a la Universidad a la influencia nefasta de los medios audiovisuales y sobre todo a la televisión. Y ello es cierto, pero lo es también que la Ley General de Educación de 1970 destruyó el Bachillerato que entonces había en España, limitó los contenidos humanísticos de la enseñanza media y, de un modo injustificado, puso grados enteros del sistema educativo en manos de enseñantes de menor cualificación. El hecho de que lo que ha venido después haya sido todavía peor, no debe hacernos olvidar a quién debemos originariamente el empeoramiento de nuestra educación.

Y paso con ello al empleo, que tampoco está demasiado bien para los jóvenes. Las estadísticas europeas de paro ponen de manifiesto que, frente a una tasa del 9 por 100 para toda la Comunidad en 1989, la nuestra era de 17 y que frente a una tasa de paro de 17,4 de los europeos menores de veinticinco años la nuestra era de 33,8, es decir, la más alta de todas. A su vez, las mujeres jóvenes lo tenían todavía peor aquí, puesto que su tasa era de 42,1³.

Del desastre no se salvan ni los graduados universitarios, como se aprecia en un informe publicado en 1986 por el Consejo de Universidades, del que tomo solamente unos cuantos datos. Se hallaban parados el 26,6 de las mujeres Licenciadas en Ciencias y el 14,7 de los hombres en las mismas condiciones; el 22,4 de las Licenciadas en Filosofía y Letras y el 13,2 de los Licenciados; el 24,1 de las Licenciadas en Ciencias Políticas y Sociología y el 10,4 de los Licenciados; el 24,2 de las Licenciadas en Medicina y el 7,4 de los Licenciados; el 30,6 de las Licenciadas en Ciencias de la Información y el 16,2 de los Licenciados. ¿Para qué seguir? Baste señalar simplemente que en todos los casos los porcentajes de parados son muy superiores entre los licenciados y licenciadas menores de treinta años y que la situación es siempre más grave entre las mujeres que entre los hombres.

A lo anterior se añaden la precariedad e inestabilidad de los puestos de trabajo, que a menudo responden a necesidades coyunturales, pero que en no pocas ocasiones tienen que ver sobre todo con las facilidades que otorgan a los empresarios determinadas formas de contratación laboral y la desconfianza en la política gubernamental de empleo. Como antes se ha dicho, son ya pocos los ciudadanos que pueden esperar carreras profesionales rectilíneas como las que la mayoría de nosotros hemos vivido. El concepto de seguridad en el trabajo no va a suponer en adelante la propiedad de un puesto concreto. La transitoriedad de las relaciones de todo orden es, como han puesto de relieve los futurólogos, una de las características del mundo que viene.

³ Eurostat: *Portrait social de l'Europe*, OSCE, 1991, pág. 50.

Y hay que decir algo también sobre otro aspecto de esta misma cuestión. Hoy en nuestro país se predica y ejerce una política económica basada en tres pilares, la política monetaria, la política presupuestaria y la política de rentas, que produce prosperidad, pero no empleo. Que éste no es incompatible con aquélla lo demuestran la experiencia europea y de Estados Unidos, pero aquí la cultura económica excluye como prioritaria la eliminación del paro y ello nos acarrea consecuencias gravísimas de orden social que superan con mucho a las puramente económicas. En el repertorio de previsiones de las generaciones actuales operan conceptos como los de ajustes de plantilla, bajas incentivadas, jubilaciones anticipadas, reconversiones sectoriales, subsidios al paro, paro de larga duración, contratos temporales y otros que poco o nada tienen que ver con lo que es el fin primordial del Estado, que es facilitar a cada ciudadano la oportunidad de realizarse libremente en el ámbito laboral, de acuerdo con su capacidad y sus méritos.

Tan deficiente estado de cosas coincide en el medio juvenil con una crisis de valores, que es incluso más intensa que la de los adultos. Las encuestas muestran que los jóvenes españoles creían en 1987 menos que el resto de la población en Dios, el pecado, el alma y la vida ultraterrena. La importancia de Dios, por ejemplo, se reduce entre las nuevas generaciones, siendo la puntuación entre los jóvenes de dieciocho a veinticinco años en este particular de 5,15 y entre los ciudadanos de más de sesenta años de 7,59, según la encuesta realizada por el CIS en 1988 acerca de la actitudes y los valores en la España de los ochenta.

Para nuestros jóvenes actuales la religión, la clase social, el nivel económico y el sexo no tienen ya el mismo valor que tenían y que aún conservan entre sus padres. Les preocupa el trabajo, pero no confían demasiado en el futuro, y un porcentaje alto, el 68 por 100, cree que es mejor vivir al día. Les caracterizan la despolitización, el utilitarismo y el hedonismo, como hijos que son de la sociedad de consumo, aunque la relación con sus padres ha mejorado mucho desde los días conflictivos de mayo de 1968. Ya no hay choque generacional abierto, pero las distancias con los adultos no se han acortado, sino todo lo contrario. Como escribe Oliver Galland en su *Sociología de la Juventud*, «la armonía familiar es el *modus vivendi* que permite a los jóvenes aprovechar la dependencia familiar en beneficio de su vida personal, sin que en este dominio los padres dispongan de un derecho efectivo de intervención».

La interpretación, sin embargo, de estas actitudes debe encuadrarse dentro del marco europeo, que arroja una impresión más positiva. Así, una investigación realizada en Noviembre de 1992 a 4260 estudiantes europeos de 18 a 25 años puso de relieve que sus valores principales son la libertad (91%), la tolerancia (90%), la solidaridad (85%), Europa (83%), el progreso técnico (83%), el trabajo (81%), el liberalismo (72%) y la ética (69%). A su vez las seis causas que prefieren los jóvenes europeos son la ecología (45%), los derechos humanos (34%), el racismo (27%), el hambre (26%), el paro (25%) y Europa (21%)⁴.

⁴ *L'Opiniometre*, n.º 38, mayo de 1993, pág. 7.

RESUMEN Y CONCLUSIONES

Para recapitular lo dicho y formular alguna conclusión, procede fijar, primero, el problema, y después, si cabe, apuntar las que pueden ser soluciones viables al mismo. En un sentido radical creo que no cabe hablar de un problema juvenil nuevo, porque sigue siendo como siempre el de la integración en el mundo adulto, aunque tal vez con mayor intensidad por lo complicado que éste se ha vuelto. Si la sociedad fracasa en esto, su futuro se ennegrecerá en grado sumo, ya que de lograrlo dependen su estabilidad, su paz y sus perspectivas de desarrollo.

A mi modesto parecer, las soluciones no pasan por la Psicología, aunque esta ciencia puede aportar conocimientos útiles para cualquier proyecto. Lo que enmarca el problema y permite su mejor definición es nada menos que la nueva estructura social de las sociedades postindustriales o industriales avanzadas, si es que se prefiere denominarlas de este modo. El riesgo está en pasar de pronto y simplistamente a ver a la juventud sobre todo como un preámbulo para la sociedad del ocio, en la cual el trabajo será un bien sumamente escaso. Lo que una situación de esta clase traería consigo es materia de especulación constante entre los futurólogos y no puedo entrar aquí en su consideración, pero no conviene olvidar en este punto que, a diferencia de lo que ha sucedido en la inmensa mayor parte de la historia humana, la juventud de las sociedades avanzadas se va a convertir en nuestros países en un grupo más reducido, mientras que aumentará el formado por las personas de mayor edad.

Como consecuencia de ello, habrá que encontrar un nuevo equilibrio en el reparto del poder social entre los jóvenes y los viejos, cosa que no constituye en absoluto un problema inédito. Aunque sean menos cuantitativamente, el potencial de movilización de los jóvenes de nuestras sociedades sigue siendo importante y no cabe descartar que pueda ser activado en los años o décadas que vienen, como lo ha sido en algunas ocasiones no lejanas que he recordado. Hoy por hoy, sin embargo, los jóvenes constituyen en nuestras sociedades un bloque confuso y marginado, cuya capacidad para conseguir un grado significativo de poder está fuertemente controlada por los adultos. En casi todos los países avanzados los que un día fueron los jóvenes sesentayochistas han madurado y envejecido como grupo fuera del poder, salvo quizá en España, donde lo han alcanzado y ejercido en la transición democrática y son ellos aquí, por una extraña paradoja histórica, los que se han encargado de cercenar las oportunidades de las generaciones que los han sucedido. Son ellos los guardianes de esa cultura del paro a la que antes me he referido y también los protagonistas y directivos de esa sociedad de las marginaciones en que se ha convertido también la nuestra. Su triunfo político, dicho sea en pocas palabras, ha acabado reduciendo a escombros las ilusiones y esperanzas de los que hoy son jóvenes.

POSTSCRIPTUM

Después de redactado este trabajo, los resultados de la *Encuesta de Población Activa* correspondiente al cuarto trimestre de 1992 han confirmado lo sustancial de lo que en él se dice en cuanto al paro: de su volumen total, que sobrepasaba ya los tres millones de personas, el 21,2 por 100 buscaba su primer empleo, mientras que de los varones el 34,8 por 100 aún no había cumplido los veinticinco años y en el mismo caso se encontraba el 36,6 por 100 de las mujeres.

Por otra parte, un reciente discurso del socialista francés Michel Rocard incide con agudeza en la relación entre trabajo y educación de la que me he ocupado aquí y muestra que todavía hay políticos que se dan cuenta de algo tan elemental como que para cambiar el mundo hay que entenderlo previamente. «Seguimos viviendo, dice él, con un modelo desfasado, el de una vida dividida en tres edades: esquemáticamente, los primeros veinte años durante los cuales uno se forma y sólo se hace esto, los cuarenta siguientes, durante los cuales sólo se trabaja, y después, el tiempo de vida que queda, en el que sólo se descansa. Esta época está anticuada. En realidad, la sociedad del mañana nos promete una división diferente de la vida, según la cual las fases de formación, trabajo y descanso se mezclarán en vez de sucederse la una a la otra»⁵. A lo largo de ella la sociedad tiene la obligación de proveer a los individuos de educación permanente, porque sin ella no existirá igualdad de oportunidades y la «política de empleo debe abordar el problema del paro en todos los frentes, en el de la reducción del tiempo de trabajo, el del crecimiento de los empleos de utilidad colectiva y el de disminución de los impuestos sobre los empleos menos cualificados».

El reparto de trabajo y la nueva organización de una sociedad en la que cada vez escasea más son temas muy interesantes, pero que no me hallo en condiciones de abordar ahora. Tal vez algún compañero pueda considerarlos en una ocasión futura. Quede aquí solamente mi valoración positiva de la intervención de M. Rocard, principalmente por el razonamiento sociológico que la inspira. Como ha señalado Alain Duhamel, «la sensibilidad sociológica ha sido siempre una dimensión clave del "rocardismo". Valéry Giscard d'Estaing, Raymond Barre, Eduard Balladur han adoptado siempre un punto de vista económico; Jacques Chirac, un punto de vista político; Francois Mitterrand, una mirada más bien histórica y electoral; Rocard da prioridad a la sociología»⁶.

⁵ Michel ROCARD: «Os invito a una ruptura», *El Mundo*, 19 de febrero de 1993.

⁶ *El País*, domingo 21 de febrero de 1993, pág. 4.